

EL HOMBRE NUEVO EN LA CONCEPCION DE ERNESTO (CHE) GUEVARA

Rafael Cuevas Molina

*"la última y más importante
ambición revolucionaria (. . .)
es ver al hombre liberado de
su enajenación".*

(Ernesto (Che) Guevara. *El hombre nuevo y el socialismo en Cuba*, en *Escritos y discursos*, v. 8, p. 262).

Al igual que lo referente a la concepción del marxismo sobre el mundo, el hombre y la sociedad en la teoría marxista sobre la alienación tienen un carácter universal al sorprender las leyes generales que rigen el movimiento de la materia y el pensamiento. Sin embargo, la forma concreta que estas leyes ad-

quirirán en cada una de las situaciones concretas es necesario estudiarlas por separado, sorprendiendo la especificidad de su manifestación en cada caso particular.

Ernesto (Che) Guevara es un pensador revolucionario que anuda dialécticamente lo universal de la teoría marxista con lo concreto que aporta el pensamiento revolucionario desde la perspectiva de los pueblos subdesarrollados. En este sentido, el Che subrayará con más fuerza algunos aspectos de la teoría marxista de la alienación en función de la situación concreta en la que le tocó accionar.

En el pensamiento del Che, la formación del

hombre nuevo, desalienado —o en vías de desalienación—, constituye el objetivo fundamental de su ideario moral. Todos sus discursos, artículos o ensayos mantienen la preocupación constante por el hombre y su conciencia, por los mecanismos para formarlo a nivel social o individual como revolucionario íntegro, cabal; aun su propia vida refleja esa obsesión por alcanzar ese "escalón más alto de la especie humana"¹, que es el revolucionario.

Su concepción sobre el hombre nuevo y el revolucionario se encuentra dispersa en todo lo que escribió desde 1959, año de la victoria de la Revolución Cubana, hasta 1967, año de su muerte en Bolivia; prácticamente no existe ninguna intervención del Che en la que no se encuentre cuando menos una referencia a este problema, ya sea en lo que se refiere a sus características y cualidades o a los mecanismos que colaboran a su formación. Con todo, es tocado con mayor insistencia y profundidad en el *Discurso de inauguración del curso de adoctrinamiento del Ministerio de Salud Pública* (1960), en el *Discurso para la celebración del segundo aniversario de la constitución de la Unión de Jóvenes Comunistas* (1962), en el artículo *El cuadro, columna vertebral de la Revolución* (1962) y en el artículo escrito para el semanario *Marcha* de Montevideo, *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965).

Su preocupación constante en este sentido parece surgir del convencimiento que la formación de una conciencia y una actitud nuevas, distintas a las heredadas de la sociedad capitalista, son necesarias, determinantes, en la construcción del socialismo. Es un proceso dialéctico: el socialismo no se podría construir sin que se formara una nueva forma de ser y esa nueva forma de ser no puede existir en toda su plenitud si no es el socialismo; en el primer sentido, el Che escribe: "no puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad que está construida o se construye, el socialismo (. . .)" (IX/343); en el segundo sentido dice que "el socialismo y el comunismo (. . .), no se han hecho simplemente para tener nuestras fábricas brillantes, se están haciendo para el hombre integral (. . .)", el socialismo tendría que ser, en este sentido, no solamente productor de objetos de consumo, de materias primas, etc., sino que, en primer lugar, "productor de hombres" (VIII/79), es decir, debería producir hombres con una mentalidad y forma de ser acordes con los nuevos tiempos.

El desarrollo de la *conciencia* es, pues, uno de los pilares fundamentales en la construcción del socialismo. El otro es la parte *material*, el desarrollo de las *fuerzas productivas*; se pregunta el Che que "¿cuáles son las características (. . .) que son necesarias para esa construcción (del socialismo)?" y él mismo responde: "esas características son el desarrollo de la conciencia socialista y el aumento de la producción, es decir, la conciencia dirigiendo los actos del hombre hacia un fin determinado, con una ideología determinada, con un conocimiento predeterminado y una fe predeterminada, y el aumento de la producción para poner en manos de todos los beneficios de estas mejoras tecnológicas (. . .)" (VI/203). Estos son, pues, "los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica" (VIII/204).

Aun cuando se ocupa de problemas de la esfera económica lo hace con la vista puesta en buscar los métodos, las formas de organización, etc., económico-sociales que hagan más expedito 1. el avance de la sociedad al comunismo; y 2. que formen al hombre, en ese avance, en una nueva actitud ante la vida.

Por ejemplo, en la primera mitad de los años sesenta se va a dar en Cuba una discusión de carácter económico pero con profundas implicaciones en el problema que acá nos interesa. La discusión en cuestión se refería a la mayor o menor viabilidad para Cuba de determinados sistemas de planificación de la economía: la *autogestión* o el *sistema presupuestario de financiamiento*: el Che consideraba al segundo como el mejor para las condiciones concretas del país, tanto por razones puramente administrativas, organizativas y de eficiencia económica como también porque este pone un acento mayor en factores que tienden a desarrollar la conciencia de las masas: "El cálculo económico (. . .) puede elevar la eficiencia de la gestión económica del Estado socialista, profundizar la conciencia de las masas (. . .)" (VIII/11-12). La autogestión, considera el Che, pone acento fundamentalmente sobre el "interés material (. . .) que es la gran palanca que mueve individual y colectivamente a los trabajadores" (VIII/14); esto constituye, según su parecer, un error porque éste "se opone al desarrollo de la conciencia" (VIII/15). El sistema presupuestario de financiamiento pone acento, sobre todo, en 1. el cumplimiento del deber social del obrero; y 2. los estímulos de tipo moral que incentivan el desarrollo de la conciencia, esto llevando implícitamente al desarrollo más rápido de la producción: "en tiempo relativamente corto el desarrollo de la con-

ciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material" (VIII/15).

Más adelante trataremos más ampliamente el problema estímulo material-estímulo moral y expondremos más en detalle las características y ventajas que veía el Che en este sistema de planificación. Por ahora, lo que nos interesa recalcar es que *siempre*, aun cuando se ocupa de problemas aparentemente poco relacionados con la formación de la nueva conciencia, su interés primordial va a estar dirigido hacia las formas de acelerar el cambio de actitud en el individuo y en las masas.

LA ACTITUD Y LA PRACTICA REVOLUCIONARIAS

La actitud y la práctica revolucionarias, el ser y actuar como revolucionario, son la parte fundamental de la conciencia del hombre nuevo. La actitud revolucionaria está caracterizada fundamentalmente por valores ético-morales, aunque esto no quiere decir que en su conformación no entren otro tipo de características, como son las proporcionadas por la formación técnica, teórica, etc., que ayudan a entender y dominar mejor el mundo y, por lo tanto, a asumir una actitud revolucionaria más consecuente. Esta actitud que debe de formarse en todo el pueblo, que debe de ser cualidad de cada hombre del comunismo, en el período de la lucha revolucionaria por la toma del poder y de la construcción del socialismo es característica, fundamentalmente, de un grupo reducido de hombres que constituyen la vanguardia de esa sociedad. Esa nueva actitud (que ahora es de vanguardia pero que debe tender a convertirse en una de masas, corriente podríamos decir) no nace por "generación espontánea"; ella es el producto de factores externos e internos al individuo, del medio, siendo una actitud que se puede, por lo tanto, *aprender*, adquirir. El Che se refiere a este aspecto cuando dice que los propios dirigentes de la Revolución Cubana sufrieron este proceso en la Sierra Maestra y, si ellos lo hicieron, "(. . .) ¿por qué nosotros vamos a decir ahora (. . .) que éramos los privilegiados, y que el resto de las personas en Cuba no pueden aprenderlo también? Sí pueden aprenderlo" (IV/182) afirma. El revolucionario, la nueva conciencia, *se forma* entonces, se hace.

A continuación nos ocuparemos más de cerca de esta actitud revolucionaria. La tocaremos desde los siguientes ángulos: 1. cómo concibe en concreto el Che la actitud revolucionaria a la que hemos hecho referencia, es decir, cuáles son las caracterís-

ticas, las cualidades de esta actitud; 2. cómo se *forma* esta actitud (a) a nivel individual, como "ser único" y (b) a nivel de miembro de la comunidad.

CARACTERISTICAS DEL ESPIRITU REVOLUCIONARIO

Estas serán expuestas en la forma siguiente: 1. características propias del espíritu revolucionario del período de la lucha revolucionaria por la toma del poder; 2. características de éste en el socialismo. De acá, esperamos deducir las características generales de este espíritu, de esta actitud.

Esta división, advertimos, es un tanto *artificial* de nuestra parte, pero nos parece que en esta forma lograremos desprender más claramente las diferencias de *acento* que el Che pone en el revolucionario de cada uno de los momentos arriba mencionados. No se trata, pues, de que existan dos tipos de revolucionarios sino del hecho que en ciertas circunstancias unas u otras características van a pasar a primer plano en función de los requerimientos del medio.

Cuando el Che se refiere al revolucionario del período de la lucha revolucionaria por la toma del poder, se refiere casi exclusivamente al *guerrillero*. Esto es perfectamente entendible si lo enmarcamos dentro de su concepción general sobre las vías de la revolución en la América Latina. Veamos qué dice al respecto: en América Latina "las condiciones objetivas para la lucha están dadas por el hambre del pueblo, la reacción frente a esa hambre, el temor desatado por la reacción popular y la ola de odio que la represión crea. Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales la más importante es la conciencia de la posibilidad de la victoria *por la vía violenta* (subl. ns.) frente a los poderes imperiales y a sus aliados internos. *Esas condiciones se crean mediante la lucha armada* (subl. ns.) que van haciendo más clara la necesidad del cambio (y permite preverlo) y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento (*como condición imprescindible a toda revolución verdadera*)". El escenario de esta lucha "debe ser el campo", en donde se formará "un ejército campesino" que "tomará las ciudades"; la ideología de este ejército libertador será "la de la clase obrera, cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen (. . .)" (IX/29-30).

El guerrillero es, pues, "el elegido del pueblo, vanguardia combatiente del mismo en su lucha por la liberación (. . .) la guerra de guerrillas es la guerra

del pueblo entero contra la opresión dominante. El guerrillero es su vanguardia armada" (I/193). La lucha guerrillera "se desarrolla en dos ambientes distintos: el pueblo, masa todavía dormida a quien había que movilizar y su vanguardia, la guerrilla, motor impulsor de la movilización, *generador de conciencia revolucionaria y de entusiasmo combativo*" (subl. ns.) (VIII/254). La guerrilla es vanguardia armada y generadora de las condiciones subjetivas (las objetivas están dadas). En esta etapa, el guerrillero, el miembro integrante de la vanguardia, es él mismo, como individuo, el factor fundamental.

Dado el hecho que la guerrilla es la vanguardia, el grupo de hombres que señalan el camino, ella tiene que ser un *ejemplo de rectitud y abnegación* revolucionarias para el pueblo y el guerrillero un ejemplo de revolucionario completo, de entrega total a la causa. Por lo tanto, "como elemento consciente de la vanguardia popular, debe tener una conducta *moral* (subl. ns.) que lo acredite como un verdadero sacerdote de la reforma que pretende. A la austeridad obligada por las difíciles condiciones de guerra debe sumar la austeridad nacida de un rígido *autocontrol* (subl. ns.) que impida un solo exceso, un solo desliz, en ocasión que las circunstancias pudieran permitirlo" (I/71-72). Esta moral tiene dos facetas: una en el sentido *ético* y otra en el sentido *heroico*. La moral en cuanto a ética "ha cambiado en el transcurso de los tiempos y de acuerdo con las ideas predominantes en una sociedad dada" (I/235-236). Che pone como ejemplo en este sentido, que en las guerras de la sociedad feudal el vencedor podía, y era lo correcto, llevarse todos los objetos de valor pertenecientes al vencido o a la región en la que él se encontraba; en la guerra de guerrillas de nuestros días, guerra por una sociedad más justa, la moral, en su ángulo ético, es otra; por ejemplo, "las mercancías que no puedan comprarse serán pagadas con bonos y rescatados los mismos en la primera oportunidad" (I/72). El guerrillero no hace la guerra para lograr beneficios personales sino para cambiar el régimen social que permite a unos enriquecerse a costa de la explotación del trabajo de otros. Aquellos cuyos bienes han sido logrados merced de la explotación tendrán otro trato. La moral en un sentido heroico es "esa fuerza combativa, esa fe en el triunfo final y en la justicia de la causa que lleva a los soldados a efectuar los más extraordinarios hechos de valor" (I/236). Esta fe en el triunfo final tiene que ser también una fe absoluta en el pueblo, en "la verdad incontrovertible que contra el pueblo no se puede vencer. *Quien no sienta esta verdad indubitable no puede ser guerrillero*" (I/43). Esta moral he-

roica hace que los hombres se disputen "un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber". En esta actitud, cree el Che, "se vislumbra el hombre del futuro" (VIII/254).

Estas dos fases de la moral revolucionaria están íntimamente ligadas entre sí: "entre los dos tipos de moral, la moral ética y la moral de lucha, hay un nexo de unión que las convierte en un todo armónico: *la disciplina* (subl. ns.). Hay distintas formas de disciplina, pero fundamentalmente hay una disciplina exterior al individuo y otra interior a él" (I/237). En lo que respecta de la disciplina externa, ejercitada por medio de coacción, tiene que ser rígida, inflexible: "No se puede permitir, so pena que la revolución inicie el peligroso camino del oportunismo, el que ningún revolucionario, de ninguna categoría y por ningún concepto, sea perdonado de faltas graves contra el decoro o la moral, por el hecho mismo de ser revolucionario. Pudiera eso constituir en todo caso, algo como un atenuante y puede estar siempre presente durante el castigo el recuerdo de sus anteriores méritos, pero el hecho en sí, debe ser siempre castigado" (I/190). Pero la disciplina externa tiene que tratar de aplicarse en última instancia. De desear es el desarrollo amplio de la interna que implica un desarrollo amplio de la conciencia revolucionaria y cuya profundidad y consecuencia evitarán la aplicación de métodos coercitivos externos: "la disciplina debe ser (. . .) una fuerza que nazca de una convicción interna y esté perfectamente razonada; de allí surge un individuo con disciplina interior. Cuando esta disciplina se rompe hay que castigar siempre al que lo hizo cualquiera que sea su jerarquía, castigarlo drásticamente y aplicar el castigo donde duela" (I/160). Esta disciplina interna nace de circunstancias bien concretas, "del convencimiento profundo del individuo, de esa necesidad de obedecer al superior, no solamente para mantener la efectividad del organismo armado, sino también para defender la propia vida" (I/194).

Este autocontrol, esta disciplina, esta moral revolucionaria deben convertir al revolucionario en un *asceta*; pero también a la inversa, el hecho de ser un perfecto asceta además sirve para "probar una de las cualidades que posteriormente será la base de la autoridad, como es la disciplina" (I/167).

El revolucionario debe de ser, pues, un ente con una moral a toda prueba; esta moral lo va a colocar siempre como *ejemplo*, como modelo a seguir; éste tiene entonces un rol: 1. educativo (en el

seno de la guerrilla); y 2. movilizador (dentro y fuera de la guerrilla): "Uno de los grandes factores educativos es el ejemplo de una vida cristalina y sacrificada" (I/96). En el segundo sentido, el revolucionario debe de estar siempre alerta, porque "es el centro de las miradas de la población y constituye un ejemplo para ella" (I/239).

Pero la disciplina y la rigidez del revolucionario no deben transformarlo en un ser frío y sin sentimientos; todo lo contrario, debe de ser "esencialmente humano y ser tan humano que se acerque a lo mejor de lo humano, que se purifique lo mejor del hombre (en él)" (VI/259). Por eso, en él deben conjugarse los hechos de ser implacable con el enemigo y benevolente con los vencidos, intransigente con las faltas pero al mismo tiempo ser un extraordinario compañero.

El "arte de ser revolucionario" es difícil, decía el Che; hace falta una gran fuerza de voluntad para ser consecuente con esta forma de ser que implica una gran dosis de *sacrificio* personal: "Mucho más difícil que pelear, mucho más difícil que trabajar en las áreas pacíficas de construcción del país, es mantener la línea necesaria sin desviarse un centímetro de ella durante todas las horas de cada uno de los días" (I/239).

El revolucionario tiene que ser consecuente con las ideas que sostiene en todos y cada uno de los actos de su vida, porque "la conducta revolucionaria es el espejo de la fe revolucionaria y cuando alguien que se dice revolucionario y no se conduce como tal, no puede ser más que un desfachatado" (II/286).

Además de sus cualidades morales, el revolucionario debe de ser un *orientador ideológico* para las masas. Sin este requisito imprescindible el guerrillero no puede cumplir a cabalidad su papel de vanguardia. La claridad ideológica debe llevarlo a comprender que no es suficiente "la decisión de luchar contra el imperialismo y los desmanes de las clases explotadoras", sino que además es necesaria "la visión de la posibilidad de tomar el poder" (II/200). La guerrilla y el guerrillero con su actitud tienen que hacer ver que esa posibilidad es viable; así crean las condiciones subjetivas para el levantamiento que lleve a la toma del poder.

El revolucionario es entonces un ejemplo moralmente, esencialmente humano e ideológicamente formado. Estos dos últimos aspectos —sin excluir el primero— son la base para una nueva característica:

el internacionalismo; veremos más adelante que éste tiene otras formas de manifestarse, pero en el guerrillero éste se concretiza fundamentalmente en la conciencia que se lucha con las armas no solamente por hacer la revolución en su país, o en el país en donde él lucha, sino que se lucha por "la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil (. . .) sea igualmente gloriosa y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aun, un europeo" (IX/369). Su enorme amor por la humanidad y la conciencia teórica que la lucha contra el imperialismo es una mundial son las que llevan al revolucionario a adquirir una conciencia internacionalista muy alta. Más adelante veremos que ésta es una de las facetas definitorias del hombre nuevo.

El Che enumera otra serie de características del revolucionario guerrillero que son coyunturales, es decir, son importantes en la medida en que para triunfar la guerrilla debe de contar con un alto grado de eficacia bélica. Como dijimos anteriormente, estas cualidades, o rasgos, no van a formar, necesariamente, o mejor dicho, no tienen porque encuadrarse en el prototipo del hombre nuevo; ellas son cambiantes. En este caso algunas de ellas son la discreción, adaptabilidad al medio, etc. Algunas de ellas —como el estoicismo o la discreción, por ejemplo— son un medio para la manifestación del espíritu revolucionario y también para la formación de éste. Como acotamos anteriormente, el espíritu revolucionario no tiene un dominio propio de manifestación, sino que se concretiza a través de todas y cada una de las acciones del hombre.

Veamos ahora al revolucionario que acciona en las condiciones de la *construcción del socialismo*. Recordamos nada más lo que dijimos anteriormente: no se trata de características exclusivas del revolucionario en el socialismo; se trata de que se pone mayor o menor *acento* en unas u otras cualidades, en uno u otro momento de la lucha por una sociedad más justa y no de dos tipos distintos de revolucionario. La actitud revolucionaria está en el núcleo, en el meollo de la conciencia (y de la acción) del hombre nuevo, hombre que puede empezar a formarse, a desalienarse, antes que las condiciones materiales se cambien, esto por medio de la acción que conlleva al cambio; en este sentido, el revolucionario de la etapa de la lucha por la toma del poder es un *anticipo* del hombre nuevo que se formará plenamente cuando las condiciones sociales sean favorables.

En el socialismo, el revolucionario por excelencia es el miembro del partido de vanguardia, es *el comunista*, revolucionario íntegro que dedica su vida a la construcción del socialismo.

El partido es la organización de vanguardia, ella es la que guía a las masas con su ejemplo, es “el ejemplo vivo, sus cuadros deben de dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio, deben llevar con su acción, a las masas, al fin de la tarea revolucionaria” (VIII/268). Lo deseable es que no exista vanguardia o, dicho de otra manera, todos sean vanguardia, que todos tengan las cualidades que posee la vanguardia; el espíritu del partido y de sus miembros es el ejemplo de lo que tiene que ser el espíritu del hombre del socialismo: “Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educados para el comunismo” (VIII/268). Quiere decir que el partido continuará siendo vanguardia, una agrupación de élite, por un tiempo relativamente largo, puesto que el proceso de formación de la conciencia revolucionaria en las masas es largo. El hecho que exista una vanguardia denota que la masa está aún, en lo que concierne a su conciencia, en pleno desarrollo, “el hecho de que exista la división en dos grupos principales (. . .), indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social” (VIII/261).

Para ser miembro del partido de vanguardia es necesario ser *el primero en todo*: “Primeros en el estudio, primeros en el trabajo, primeros en el entusiasmo revolucionario, primeros en el sacrificio” (VII/11), esto porque “el grupo de vanguardia (debe) (. . .) ser un ejemplo vivo” para todo el pueblo. Este ser ejemplo significa *sacrificio*; tener el privilegio de construir el socialismo en nuestros días, cuando millones de seres continúan viviendo en el Tercer Mundo bajo la dominación imperialista significa un trabajo duro y difícil y por ello es necesario el sacrificio, un sacrificio que se da no solamente en el trabajo diario de la construcción del socialismo sino también en el de su defensa. Los países del Tercer Mundo que han logrado liberarse de la dominación del imperialismo deben soportar las agresiones directas y camufladas, bloqueos económicos, atentados contra sus ciudadanos en cualquier lugar donde se encuentren, chantajes, presiones de todo tipo; resistir frente a todas las agresiones del imperialismo y construir el socialismo partiendo de una base material atrasada, deformada, en las condiciones de un orden económico internacional injusto, muchas veces teniendo pocos recursos naturales que provisionen a su naciente indus-

tria, etc., significa sacrificio; por eso decía el Che, y decía bien, que “Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio” (VIII/272).

El ejemplo y el sacrificio van estrechamente unidos, entonces, en el comunista. Su actitud es el principal motor para la transformación de la masa, porque “la gente tiene que cambiar su manera de pensar por convencimiento propio y la mejor forma de que cambie su manera de pensar, es demostrar la capacidad de sacrificio de los verdaderos revolucionarios (. . .)” (V/299), capacidad de sacrificio que les hace ir delante de todos los demás, lo cual “impulsa a los demás a que lo alcancen, atrae a los demás hacia su nivel mucho más que aquel que desde atrás empuja con la palabra solamente” (VI/88).

Aquel que ingresa al partido, por lo tanto, entra sabiendo que sus obligaciones serán mayores, que nunca será mucho lo que haga y que hacer más y mejor que los demás es su obligación y su principal privilegio; al Partido irán “los hombres que quieran dar a su país y a la Revolución algo más, que estén dispuestos siempre a trabajar por el bienestar colectivo, a dar ese paso más que es necesario dar cuando parece que las fuerzas fallan, aquel que distingue al hombre medio, al ciudadano corriente, del luchador abnegado.

Todo el pueblo —continúa el Che— no podría pertenecer a las organizaciones revolucionarias (. . .). Allí será un lugar donde será difícil llegar, y donde habrá que realizar muchas tareas, muchos sacrificios y muchos esfuerzos para llegar. De tal manera que las organizaciones revolucionarias poco a poco se convertirán en los dirigentes naturales (. . .)” (V/285).

El sacrificio que pide el Che es uno *consciente*: “nuestro sacrificio es consciente” (VIII/272). Esta conciencia se basa en el conocimiento de la realidad, de las condiciones objetivas de ésta; este conocimiento tiene que ser lo más concreto posible, científico podríamos decir. Seguro que en nuestros días estos requerimientos pueden ser satisfechos a cabalidad nada más que por una visión del mundo: el marxismo-leninismo; el revolucionario tiene que ser, pues, un marxista: “Nuestra posición cuando se nos pregunta si somos marxistas o no, es la que tendría un físico al que se le preguntara si es ‘newtoniano’ o un biólogo si es ‘pasteuriano’.

Hay verdades tan evidentes —continúa el

Che—, tan incorporadas al conocimiento de los pueblos que ya es inútil discutirlos. Se debe ser ‘marxista’ con la misma naturalidad con la que se es ‘newtoniano’ en física, o ‘pasteuriano’ en biología, considerando que si nuevos hechos determinan nuevos conceptos, no se quitará su parte de verdad a aquellos otros que hayan pasado” (IV/203). El revolucionario de nuestros días es, pues, un marxista, porque eso permite tener un instrumento teórico que permite descubrir el movimiento social y “condición esencial del revolucionario es saber interpretar la realidad” (VII/7).

Vimos más arriba que el Che considera que los dos pilares fundamentales sobre los que descansa el proceso de construcción del socialismo son el aumento de la producción —es decir, el desarrollo de la base material— y el desarrollo de la conciencia. La importancia de la conciencia deriva del hecho que ella “va dirigiendo los actos del hombre hacia un fin predeterminado, con una *ideología determinada* (subl. ns.) (. . .)”’; esto quiere decir que la ideología —el marxismo-leninismo, como hemos visto— se encuentra en el centro de uno de los dos lados fundamentales a desarrollar en el socialismo.

Esta comprensión del mundo implica un *estudio* constante de la teoría, estudio que debe ser realizado por todos, sin excepción; siempre “hay que trabajar (. . .) en el sentido interno de perfeccionamiento, de aumentar los conocimientos, de aumentar la comprensión del mundo que nos rodea, de inquirir, de averiguar, y conocer bien el porqué de las cosas y el de plantearse siempre los grandes problemas de la humanidad como problemas propios (. . .)” (VI/261). El hecho de poseer una determinada posición social, de poseer ciertos conocimientos, etc., no es excusa para detenerse en el estudio: “(. . .) nosotros los que por imperio de las circunstancias dirigimos la Revolución, no somos dueños de la verdad ni de toda la sapiencia del mundo ni mucho menos, y tenemos que aprender todos los días, y el día que dejemos de aprender, que creamos haberlo sabido todo (. . .) ese es el día en que habremos dejado de ser revolucionarios (. . .)” (IV/155).

Pero si bien una de las características del marxista, del comunista, del revolucionario es la firmeza ideológica y el constante estudio de la teoría, otra, no menos importante, es su *calidad humana*, su nobleza de sentimientos. De hecho, ¿no es la lucha por revolucionar la realidad, por cambiar el estado de las cosas, la manifestación de los más nobles sentimientos humanos que buscan la felicidad

del hombre? La base del humanismo marxista se encuentra precisamente en el hecho que él no se siente satisfecho con declaraciones de principios sobre el hombre, sus derechos y su felicidad pero sin tomar medidas eficientes que lleven a la realización de estos objetivos, sino que al contrario, intentando ser lo más moderado posible en palabras vacías y declaraciones de principios que no pasan a más, descubre, investiga y denuncia las causas reales del rebajamiento del hombre, ofrece los medios teóricos (que pueden transformarse en una fuerza objetiva concreta) para sobreponerse a este estado de cosas *anormal* y las vías para salir de él.

El individuo que es portador de los ideales marxistas, el revolucionario, el comunista, es entonces aquel que con su acción (en el sentido amplio: acción práctica, acción teórica) concreta y profundiza este ideal humano. Ser revolucionario es, en este sentido, ser abanderado de los más caros deseos de la humanidad; ser un reformador social significa tener un proyecto de sociedad mejor que el existente. Ser un comunista en el socialismo significa luchar en todo momento, porque “el desarrollo socialista y el desarrollo social de un país dirigido justamente se hace para el hombre, no se hace para ninguna entelequia, no se está buscando nada fuera de la felicidad del hombre” (V/224). “El desarrollo económico es nada más que el medio para lograr el fin, que es la dignidad del hombre” (IX/145). En este orden de ideas el revolucionario debe de poseer entonces una gran sensibilidad humana, tiene que ser un *artista* de la vida: sentirla profundamente y sentirse compulsionado a transformarla, a *recrearla*; por eso, el revolucionario tiene que desarrollar “al máximo su sensibilidad (. . .) (y) su espíritu inconforme cada vez que surge algo que está mal”, el revolucionario tiene que “ser esencialmente humano”, levantarse por sobre la cotidianidad, superar la alienación que transforma esta cotidianidad en algo aplastante, hay que “ir liquidando las pequeñeces humanas” (VI/261), las pequeñas mezquindades, para poder dedicar la vida al servicio de la humanidad. Es un equilibrio difícil al que hay que enfrentarse: por un lado, la profundización de la capacidad de análisis objetivo de la realidad y, por otro lado, desarrollar la sensibilidad, el “subjetivismo” podríamos decir: “el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese

amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común los ejercita.

Los dirigentes de la revolución tienen hijos —continúa el Che— que en sus primeros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella" (VIII/269-270), concluye.

Pasión. Esta palabra resume el trajín del revolucionario. Una revolución verdadera pide todo de los que trabajan para llevarla adelante. Es difícil ser un revolucionario cabal y compaginar esto, por ejemplo, con una vida familiar ejemplar; quien lo hace, es probable que no esté dando todo por la revolución, su actitud no será pasional y no sentirá la revolución, que, si el sentimiento se generaliza, empezará su declinación a la inercia, el conformismo y el estancamiento.

"En estas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas" (VIII/270).

No es casual que el Che defina la Revolución Cubana como una "con características humanistas" (IX/55). Constantemente acentuará sobre este aspecto del revolucionario, de la revolución y del marxismo: su lado humano, su sensibilidad ante el hombre. Nos parece significativo en este sentido el siguiente pasaje del prólogo escrito por el Che al libro **El partido marxista-leninista**: "en todo momento más buenos, más puros, más humanos que todos los otros, deben ser los cuadros de nuestro partido.

Porque hay que recordar siempre —continúa— que el marxista no es una máquina automática dirigida, como un torpedo, mediante un servomecanismo, hacia un objetivo determinado. De este problema se ocupa expresamente Fidel —dice el Che— en una de sus intervenciones: "¿Quién ha dicho que el marxista es la renuncia de los sentimientos humanos, al compañero, al amor al compañero, a la consideración al compañero? ¿Quién ha dicho que el marxismo es no tener alma, no tener sentimientos? Si precisamente fue el amor al hombre, a la humanidad, el deseo de combatir la miseria, la injusticia,

el calvario y toda la explotación sufrida por el proletariado, lo que hace que de la mente de Carlos Marx surja el marxismo cuando precisamente podía surgir marxismo, cuando precisamente podía surgir una posibilidad, y más que una posibilidad real, la necesidad histórica de la revolución social de la cual fue intérprete Carlos Marx. Pero qué lo hizo ser intérprete sino el caudal de sentimientos humanos de hombres como él, como Engels, como Lenin". El Che considera que esta "apreciación de Fidel es fundamental para el militante del nuevo partido" y agrega: "recuérdelo siempre, compañeros, grábenselo en la memoria como su arma más eficaz contra todas las desviaciones. El marxista debe ser el mejor, el más cabal, el más completo de los seres humanos pero, por sobre todas las cosas, un ser humano; un militante de un partido que vive y vibra en contacto con las masas; un orientador que plasma en directivas concretas los deseos a veces oscuros de las masas; un trabajador incansable que entrega todo a su pueblo; un trabajador sufrido que entrega todas sus horas de descanso, su tranquilidad personal, su familia o su vida a la Revolución, pero *nunca es ajeno al calor del contacto humano* (subl. ns.)" (VII/12).

Hemos presentado esta larga cita del Che y, en el marco de ella, la de Fidel Castro, porque creemos que sintetiza esta concepción, de la que hablamos, de la necesidad de desarrollar al máximo la parte sensible del ser humano.

La parte emocional, pasional, subjetiva, sentimental, humanística del revolucionario es la base para otra característica del revolucionario: *el internacionalismo*. Cuando hablamos del internacionalismo como una de las características del revolucionario-guerrillero mencionamos que ésta tiene muchas formas de manifestarse. Veamos ahora cómo se presenta en el revolucionario que construye la sociedad socialista.

El Che no se cansa de repetir la frase de Martí: "Todo hombre verdadero debe sentir en la mejilla el golpe dado a cualquier mejilla de hombre que sintetiza la concepción según la cual "nuestra capacidad emocional frente a los desmanes de los agresores y los sufrimientos de los pueblos, no puede estar limitada al marco de América, ni siquiera al marco de América y los países socialistas juntos; debemos practicar el verdadero internacionalismo proletario, recibir como afrenta propia toda agresión, toda afrenta, todo acto que vaya contra la dignidad del hombre, contra su felicidad en cualquier lugar del mundo" (VII/13).

El desarrollar al máximo esa característica de hacer propias las ofensas, los sufrimientos, los problemas de cualquier pueblo en cualquier rincón del globo es, entonces, elemento definitorio del revolucionario y base de la actitud internacionalista. En este sentido escribe a sus hijos antes de partir hacia Bolivia, en 1966: "Sobre todo, sean capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario" (IX/392). Si no es la más importante, es la más hermosa, la que lleva al revolucionario a renunciar a las pequeñeces diarias y lo eleva al nivel de "especie para sí" del que hablara Luckács, es la que propicia el acercamiento de los hombres de cualquier parte y les hace vibrar al unísono de una causa justa; a María del Rosario Guevara quien le escribiera desde Maroc preguntándole si existía la posibilidad que ellos dos fueran parientes, el Che le responde: "No creo que seamos parientes muy cercanos, pero si Ud. es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, somos compañeros, que es más importante" (IX/383).

Según la concepción del Che, que la lucha tiene que ser esencialmente armada para la toma del poder, se llega a la conclusión que la máxima expresión de internacionalismo es la participación activa de un hombre (o un pueblo) en la lucha armada de liberación allí donde en ese momento se dé la cara al imperialismo, partiendo de la idea que el enemigo es uno y hay que enfrentarlo —o ayudar a enfrentarlo— en cualquier parte. Por ello, el revolucionario consecuente "se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre a escala mundial" (VIII/270). El triunfo de la revolución en un país no debe desviar la atención del hecho que esa es sólo una victoria parcial y que el objetivo último es la derrota mundial y total del imperialismo; inclusive, si una vez que se ha vencido en un país se olvida el internacionalismo, el hecho se vuelve en contra del propio proceso local: "Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida el internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que gana terreno". Esto implica que "el internacionalismo es un deber pero también es una necesidad revolucionaria" (VIII/270).

La relación victoria en un solo país-victoria



total es dialéctica: los logros de toda victoria parcial pertenecen a todos, a todo el mundo, no se es más que un eslabón de la cadena que llevará a la liberación total y, al mismo tiempo, la lucha de todos es responsabilidad de aquellos que han logrado la victoria parcial: "nuestra victoria será la victoria de todos, la lucha de todos es nuestra responsabilidad y es parte de nuestras preocupaciones diarias, la lucha de los patriotas que luchan en cada uno de los rincones de América o del mundo en general, contra la opresión colonialista o neocolonial, es también nuestro problema (. . .)" (VII/139-140).

La acción misma del Che fue no sólo un ejemplo brillante de absoluta fidelidad con sus propios principios, sino que, además (o mejor, precisamente por eso), es, en América Latina, uno de los más preclaros ejemplos del internacionalismo llevado hasta sus últimas consecuencias.

Como apuntáramos anteriormente, a pesar que la parte afectiva es una base fundamental para la actitud y la acción internacionalistas, ésta tiene que sostenerse también en una comprensión teórica del mundo, de su situación concreta; que sienta cualquier injusticia como propia, pero, además "lo sepa por el conocimiento de la teoría, que el advenimiento del socialismo en el mundo entero es algo

inevitable (. . .) que hoy estamos entrando en una nueva etapa, entrando solamente" (VII/153).

Seguro que el elevar el nivel teórico, la mejor comprensión del mundo no se hace solamente o, mejor, expresamente para formar una conciencia internacionalista, sino que, primordialmente, porque el justo conocimiento del medio, de la realidad, del mundo, de las leyes que rigen el desarrollo de los fenómenos y procesos es esencial para poder ubicarse en el marco de esos fenómenos y procesos, para justipreciar el lugar y el rol que cada quien tiene en la revolución en particular y en la vida en general, lo que permite una acción consciente, libre, desalienada.

EL HOMBRE NUEVO

Estas cualidades del revolucionario que hemos enumerado hasta acá y que están en el meollo del hombre nuevo, desalienado, no son todas las enumeradas por el Che, pero creemos que sí son, cuando menos, las que definen con mayor precisión su concepción sobre el perfil de este nuevo espíritu.

Hemos visto cómo aspectos como la sensibilidad humana, el conocimiento teórico, el internacionalismo, la solidaridad, etc., se encuentran en la forma de ser, en el espíritu del revolucionario que actúa en condiciones no socialistas —y que es el anticipo del hombre nuevo— como en el que vive en el período de la construcción del socialismo —que como indicamos, no excluye la primera sino, que, por el contrario, una de sus cualidades constituye el estar siempre dispuesto a revivir esta primera etapa—.

Cuando el Che se refiere al hombre nuevo, lo primero que puntualiza es su condición de "no hecho, de no acabado" (VIII/257). En este sentido, éste es un hombre en proceso de formación, proceso en el que tenemos que ver varios aspectos (y así lo vamos a presentar más tarde): formación colectiva e individual, elementos de carácter objetivo que retrasan su formación (herencia del pasado: ley del valor, ideológica, etc.), o que permiten, facilitan, su formación (la propiedad colectiva de los medios de producción, etc.) y elementos subjetivos que a su vez retardan (sectarismo, errores de conducción, etc.) o hacen avanzar más rápidamente (escogencia adecuada de los medios de estímulo, etc.) la formación del hombre nuevo.

El hombre nuevo se *forma*, entonces; nosotros mismos, el hombre de hoy, es el que se *transforma*-

rá, en cierta medida, en el nuevo tipo de hombre que se busca: "Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos" (VIII/272), dice el Che y puntualiza que este hombre no debe ser "el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y moribundo. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear —dice—, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada" (VIII/265).

Pero no es suficiente con transformar a los hombres de hoy, hombres que han vivido bajo el sistema capitalista —y que puede ser que hayan luchado en él—; aunque las generaciones viejas tienen que ser educadas, el peso del pasado hace difícil y larga esta tarea, aunque, seguro, no imposible. Por ello, el principal esfuerzo tiene que ir dirigido hacia las nuevas generaciones, hacia la juventud, que es "la arcilla fundamental de nuestra obra (. . .), en ella depositamos nuestras esperanzas y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera" (VIII/272). Hay que tratar de educar, de formar a las viejas generaciones, pero el hombre nuevo se forjará sobre todo allá donde o no se conoció el capitalismo o se era muy joven como para haber sufrido los embates de las deformaciones de éste; en pocas palabras, hay no solo que reformar al hombre sino que formarlo también. "Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales" (VIII/267). Debe de tenerse en cuenta que la vieja generación puede influenciar negativamente a las nuevas generaciones, dice el Che que "Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas" (VIII/268).

Por todo ello, la juventud recibe "un trato acorde con nuestras ambiciones. La educación es cada vez más completa y no olvidamos —dice— su integración al trabajo desde los primeros instantes (. . .). El trabajo —agrega— es un premio en ciertos casos, un instrumento de educación en otros, jamás un castigo. Una nueva generación nace" (VIII/268), puntualiza.

El trabajo es uno de los factores centrales que ayudan a la formación del hombre nuevo. El tiene que ser visto, creemos, desde dos ángulos distintos: (a) la formación de una actitud nueva ante el trabajo, en la cual éste no sea visto como una carga, como algo desagradable; y (b) como instrumento para modelar la nueva personalidad.

En ambos aspectos tendrá gran importancia el

trabajo voluntario (de él nos ocuparemos más tarde) y su unión con el *desarrollo de la técnica*, que formará las condiciones para un trabajo más libre, creativo, poniendo acento en el trabajo como deber social que el individuo debe cumplir.

Si el trabajo es una acción diaria, cotidiana, quiere decir que la formación del hombre nuevo será una diaria, cotidiana. “Nos forjamos en la acción cotidiana —dice el Che—, creando un hombre nuevo con una nueva técnica” (VIII/272). Esta “acción cotidiana” no es fácil; implica un batallar constante con las tareas del pasado, con las deformaciones que puedan nacer en el proceso de construcción del socialismo, con la penetración ideológica, con las difíciles condiciones de construir el socialismo en el marco del subdesarrollo, con las debilidades humanas, etc., etc. El Che tiene presente siempre todos estos factores, fue lo suficientemente lúcido para darse cuenta de ellos y lo suficientemente honrado para no esquivarlos y buscarles soluciones viables; por eso estaba consciente que la tarea de la formación del hombre nuevo era una dura, larga y difícil, por eso decía, refiriéndose a este aspecto, que “el presente es de lucha”, pero tenía la certeza que “el futuro es nuestro” (VIII/267). Esta certeza no es expresión simplemente del optimismo que siempre le caracterizó, sino también la expresión de un *deber*. “El futuro es nuestro” expresa la certidumbre que el hombre nuevo tendrá que formarse necesariamente en el marco de la nueva sociedad o todo habrá sido en vano. En este sentido, el futuro no sólo que será nuestro, sino que será también el crítico más áspero de la forma como nosotros, hombres del siglo XX, hayamos podido aprovechar las condiciones creadas para la construcción de la gran utopía del hombre de nuestros días.

MECANISMOS PARA LA FORMACION DEL HOMBRE NUEVO

Colectivos

El hombre nuevo y la conciencia que le caracteriza —que tiene como meollo la conciencia revolucionaria— es al principio, como hemos visto, patrimonio de un grupo restringido de hombres que, por eso mismo, constituyen la vanguardia de la sociedad; con el tiempo, conforme el proceso revolucionario avanza, esta conciencia debe sufrir la tendencia a abarcar capas cada vez más amplias de la población hasta convertirse en una de todo el pueblo.

Su desarrollo responde tanto a factores objetivos como subjetivos, colectivos e individuales. Sin el desarrollo de la base material de la nueva sociedad (desarrollo de las fuerzas y las relaciones de producción, etc.) no se puede pensar en un desarrollo estable y armónico de la conciencia; pero al mismo tiempo, la conciencia tiene un relativo juego independiente que le permite avanzar (o quedar a la zaga) frente a la base material, por un lado, e influenciarla, empujarla, jalarla, o entorpecer su desarrollo, por otro.

Carlos Marx concebía que el tránsito al socialismo se daría inicialmente en aquellos países en donde el sistema capitalista hubiese alcanzado un grado tal de desarrollo que las contradicciones internas, propias del sistema, no encontrarían otra alternativa para su solución que romper con el pasado, pasando a una nueva estructura cualitativamente superior, que permitiría la superación de estos problemas.

La realidad ha sido otra.

Ya Lenin, en la nueva etapa de desarrollo del capitalismo, el imperialismo, pudo sorprender las condiciones en las que podrían producirse las revoluciones en este período elaborando la teoría del “eslabón más débil” de la cadena de países dependientes del imperialismo. “En éstos —dice el Che— el capitalismo se ha desarrollado lo suficiente como para hacer sentir sus efectos, de un modo u otro, sobre el pueblo, pero no son sus propias contradicciones las que, agotadas todas las posibilidades, hacen saltar el sistema. La lucha de liberación contra un opresor externo, la miseria provocada por accidentes extraños, como la guerra, cuyas consecuencias hacen recaer las clases privilegiadas sobre los explotados, los movimientos de liberación destinados a derrocar regímenes neocoloniales, son los factores habituales de desencadenamiento. La acción consciente hace el resto”. Más adelante dice: “En estos países no se ha producido una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo por un lado y la habitual fuga de capitales hacia países ‘civilizados’, por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios. Resta recorrer un gran tramo en la construcción de la base económica (. . .)” (VIII/258-259).

La revolución se ha dado, pues, en países económicamente atrasados. ¿Qué significa esto en la conciencia social (e individual) de los pueblos? Si

hiciéramos un análisis de corte mecanicista, tenderíamos a sugerir que, en función de la base material atrasada, la conciencia no podría alcanzar cotas muy altas de desarrollo. Pero a esta afirmación escaparían de vista cuestiones importantes que hacen que el fenómeno no se dé así, como, por ejemplo, la relativa independencia de la conciencia social frente a la existencia social, las nuevas condiciones sociales en que se desenvuelven los movimientos liberadores de nuestros días, etc. Desarrollemos un poco estos dos ejemplos dados. En lo que respecta de las nuevas condiciones internacionales y cómo afectan éstas el desarrollo de la conciencia en un país o una región e, incluso, un continente, como es el caso de la América Latina, veamos lo que dice el Che al respecto: "El compañero Bettelheim niega esta particular acción de la conciencia basándose en los argumentos de Marx de que ésta es un producto del medio social y no al revés; y nosotros tomamos el análisis marxista para luchar con él contra Bettelheim, al decirle que eso es absolutamente cierto pero que, en la época actual del imperialismo, la conciencia adquiere características mundiales. Y que esta conciencia de hoy es el producto de la enseñanza y la educación de la Unión Soviética y los demás países socialistas sobre las masas de todo el mundo". Más adelante agrega que "En tal medida debe considerarse que la conciencia de los hombres de vanguardia de un país dado en el desarrollo general de las fuerzas productivas, puede avizorar los caminos para llevar al triunfo una revolución socialista en un determinado país, aunque a su nivel, no existan objetivamente las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que harían imprescindible o posible una revolución (analizando el país como un todo único y aislado)" (VIII/100).

Así, la conciencia de la vanguardia rebasaría el nivel de desarrollo de la base material de la sociedad. Tómese en cuenta que acá estamos hablando de *ciertos sectores* de la conciencia social y no de ella en su totalidad. Sectores como la conciencia moral, filosófica o política se ven más implicados en estas consideraciones que otros como el científico y jurídico, estos segundos pueden quedar rezagados, puesto que dependen más estrechamente del grado de desarrollo de las fuerzas y relaciones de producción.

La conciencia social de un país determinado podría así jugar el rol de *motor acelerador* del desarrollo de la existencia social.

Ahora, para transformar ese grado de concien-

cia alcanzado por la vanguardia en uno de masas, son necesarios ciertos mecanismos que ayuden a *formar* esa conciencia; éstos podrán llevar a la masa a tener un alto grado de conciencia, lo que, en la concepción del Che, se volcará sobre el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta conciencia se puede formar no solamente a través de la *educación* propiamente dicha (educación ideológica, educación para el trabajo en las escuelas, etc.), sino que también a través de la forma cómo se conciba el funcionamiento de la economía, lo que puede permitir una formación (a) más rápida; y (b) más completa.

ESTIMULO MORAL VERSUS ESTIMULO MATERIAL

De aquí partirá la preocupación del Che por la forma de planificación más conveniente para Cuba en los años 60. Antes hemos presentado ya, de pasada, la discusión que se dio en este sentido entre dos concepciones distintas de la planificación: la autogestión y la sostenida por el Che, el sistema presupuestario de financiamiento.

El Che parte de las siguientes dos considerantes para la defensa del sistema presupuestario de financiamiento: 1. es más eficiente desde el punto de vista económico para las condiciones concretas de Cuba, pues permite el mejor aprovechamiento de la técnica organizativa dejada por los monopolios; 2. permite un más rápido y orgánico desarrollo de la conciencia socialista.

Se considera que ambos aspectos son muy importantes, pues cada uno constituye un pilar en la construcción del socialismo que se influencia recíprocamente y que, por lo tanto, no hay que menospreciar ni a uno ni a otro: "Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que construir el hombre 'nuevo' " (VIII/259). No se trata de levantar una base material poderosa a como dé lugar y como sea, sino de levantarla en tal forma que, junto con ella (o en la construcción de ella) se forme el hombre nuevo. Esto es a lo que se refiere el Che en el segundo aspecto del que hacemos mención y que es el que nos interesa aquí especialmente, porque se refiere específicamente al problema de la conciencia y a su desarrollo en el socialismo.

Según el Che "la autogestión se basa en un control centralizado global y una descentralización más acusada, se ejerce el control indirecto mediante el *rublo*, por el banco, y el resultado monetario

de la gestión sirve como medida para los premios; el interés material es el que mueve individual y colectivamente a los trabajadores" (VIII/13). En lo que respecta de la *prioridad* del estímulo material o moral es donde se encuentran las principales divergencias: "para los partidarios de la autogestión financiera —dice— el estímulo material directo (. . .), no se contrapone al 'desarrollo' de la conciencia, para nosotros sí. Es por eso que lucharemos contra su predominio, pues significaría el retraso del desarrollo de la moral socialista". Esto significa que en su concepción, "el estímulo material *se opone* (subl. ns.) al desarrollo de la conciencia"; aunque reconoce que "es una gran palanca para obtener logros en la producción", lo que podría llevar a preguntarnos si la atención preferente dada al desarrollo de la conciencia retarda el desarrollo de la base material; ante esto el Che responde que "en una época dada, es posible (pero) en un tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material". ¿Esto significa que debemos eliminar el estímulo material y centrar nuestra atención solamente en el desarrollo del estímulo moral? No, del estímulo material "nunca se debe olvidar su existencia", pero debemos considerarlo "reflejo en la conciencia de los trabajadores, de los hábitos de la vieja sociedad" (VIII/14-15).

El Che considera actuar en conformidad con el espíritu del pensamiento de Marx y Lenin cuando ve en el estímulo material "(. . .) un rezago, un vestigio, un residuo de la sociedad anterior y que queda reflejado en la mente de los trabajadores como *necesidad objetiva* (subl. ns.) y (. . .) es una realidad que hay que tratar. Por lo tanto —continúa— nunca nos podemos oponer al estímulo material y negarlo, porque sería negar la existencia de la realidad" (VIII/181). Pero el aceptar la necesidad de la existencia del estímulo material no agota la problemática al respecto, falta puntualizar "qué papel debe jugar el estímulo material en la construcción de la sociedad capitalista (. . .) (y) cómo tratar el estímulo material en el proceso de construcción de esta sociedad" (VIII/182). Lo importante con respecto del estímulo material es que no se convierta "en algo que obligue al individuo (. . .) o a la colectividad de individuos, a luchar desesperadamente con otros para lograr determinadas condiciones privilegiadas. Hacer que el deber social —continúa— sea el punto fundamental en el cual se apoya todo esfuerzo del trabajo del obrero, pero vigilar la labor consciente de sus debilidades, premiar o castigar, aplicando estímulos o desestímulos materiales de tipo individual o colectivo, cuando el obrero o la

unidad de producción sea o no capaz de cumplir con su deber social" (VIII/36).

El estímulo material es, entonces, una palanca que impulsa el desarrollo acelerado de la base material de la sociedad. Pero se "(. . .) corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque (porque persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual, etc.), se pueda llegar a un callejón sin salida. Y se llega allí tras de recorrer una larga distancia —continúa— en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia" (VII/259).

El problema aquí es doble: por un lado, se socava el proceso de formación de la conciencia (pilar fundamental de la construcción del socialismo), y por otro, el mismo interés material pierde potencial como estímulo en la producción enmarcado dentro del nuevo sistema social: "Vencer al capitalismo con sus propios fetiches a los que se les quitó su cualidad mágica más eficaz, el lucro, es una empresa difícil" (VIII/258).

De allí que "sea tan importante elegir correctamente —dice— el instrumento de movilización de las masas. Ese instrumento debe ser de índole *moral* (subl. ns.) fundamentalmente, sin olvidar —agrega— una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social" (VIII/259).

ROL DE LA EDUCACION EN EL PROCESO DE FORMACION DE LA CONCIENCIA

Los estímulos morales son fáciles de potenciar en momentos de peligro extremo, de tensión y solidaridad social, etc. En estas situaciones "se da una entrega total a la causa revolucionaria"; esto sucedió en Cuba, por ejemplo, dice el Che, durante la Crisis de Octubre, el ataque a Playa Girón, etc. Esta actitud asumida en estas circunstancias es la prolongación de la actitud heroica (de la que ya hemos hablado) del guerrillero y en la cual el Che vislumbra al hombre del futuro.

El problema se pone en "encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica"; esto se transforma "en una de las tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico" (VIII/254). En este sentido "es necesario el desa-

rollo de una conciencia en que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto —puntualiza— debe convertirse en una gigante escuela” (VIII/259).

Seguro que la enorme importancia que se le dará a la educación en la formación de la nueva sociedad no es un regreso a viejas posiciones iluministas, que consideraban suficiente con educar al pueblo para resolver todos los problemas sociales. El análisis del Che es marxista por excelencia, no pierde de vista que “Se puede abordar la tarea de la construcción de la nueva conciencia porque estamos frente a nuevas formas de relaciones de producción” (VIII/16), y por lo tanto podemos plantearnos “el rol de la educación como ayudante pertinaz del Estado socialista en la tarea de liquidar las viejas taras de una sociedad que ha muerto (. . .)” (VIII/17).

Ya en el capitalismo la educación de las masas en un determinado sentido, en una determinada ideología (la concepción burguesa del mundo) era una necesidad apremiante y como tal se trataba; en el socialismo también tiene que recurrirse a la educación de la masa, aquí “las grandes líneas del fenómeno son similares al proceso de formación de la conciencia capitalista en su primera época, el capitalismo recurre a la fuerza pero además —agrega— educa a la gente en el sistema” (VIII/259). En el caso del socialismo, la educación directa adquiere una gran importancia; ella se ejerce fundamentalmente a través del aparato educativo del Estado, “en función de la cultura general, técnica e ideológica, por medio de organismos tales como el Ministerio de Educación y el aparato de divulgación del Partido. La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra” (VIII/260).

La educación debe inculcar los valores ya mencionados anteriormente como característicos del espíritu revolucionario, y además “debe propiciar el conocimiento fundamental de los procesos históricos y los procesos económicos que nos llevan a la situación actual”.

La educación comunista tiene que formar una conciencia nueva frente al trabajo, una *actitud* nueva frente al trabajo. Esta nueva actitud se forma, también, a través del *trabajo voluntario* que “Es el que se realiza fuera de las horas normales de traba-

jo sin percibir remuneración económica adicional. El mismo puede realizarse dentro o fuera de su centro de trabajo” (VIII/159). El trabajo voluntario —considera el Che— “es la expresión genuina de la actitud comunista ante el trabajo, en una sociedad donde los medios fundamentales de producción son de propiedad social; es el ejemplo —continúa— de los hombres que aman la causa de los proletarios y que subordinan a esa causa sus momentos de recreo y de descanso para cumplir abnegadamente con las tareas de la revolución” (VIII/159). El ejemplo (de su importancia ya hemos hablado) que dan los trabajadores voluntarios servirá para movilizar a las masas; los trabajadores voluntarios de vanguardia “son los que mejor cumplen con los ideales del verdadero comunista” (IX/386). La importancia de esta forma de trabajo no está en su rendimiento económico, sino en que “es el factor que desarrolla la conciencia de los trabajadores más que ningún otro” (VIII/151). En esto radica entonces su importancia y como en lo del ejemplo, los comunistas, los revolucionarios, tienen que ser siempre los primeros, también en esto del trabajo voluntario “los dirigentes deben ser el ejemplo” (VIII/152).

Pero esta actividad tiene también otros objetivos; uno de ellos es despertar la conciencia de la cooperación entre todos los trabajadores, puesto que éstos “ejercen su trabajo en lugares que no le son habituales”; los trabajadores administrativos deben ir al campo y así empezar a establecer “una nueva cohesión y comprensión entre dos factores que la técnica productiva capitalista mantenía siempre separados y enconados”. Es así como “El trabajo voluntario se convierte entonces en un vehículo de ligazón y de comprensión entre nuestros trabajadores administrativos y nuestros trabajadores manuales”; lo que, según el Che, prepara el camino “hacia una nueva etapa de la sociedad (. . .), donde no existirán las clases y, por lo tanto, no podrá haber diferencia ninguna entre el trabajador manual o trabajador intelectual, entre obrero y campesino” (VIII/151).

Así como el trabajo voluntario juega un rol importante, por su ejemplo, en la formación de la nueva conciencia, así también el ejemplo del Partido es de primera importancia. Sobre su rol ya hemos hablado antes, baste recordar que el Che los consideraba “ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio (. . .)” (VIII/268).

Podríamos decir entonces que:

1. El hombre del futuro, el hombre nuevo, se forma a través del cambio de actitud de nosotros mismos ante la vida, pero que el hombre nuevo también *se crea*.
2. La arcilla fundamental de donde saldrá el hombre nuevo es la juventud.
3. "Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido" (VIII/272). Su ejemplo es movilizador.
4. Tiene que formarse una nueva actitud hacia el trabajo fundamentalmente a través del trabajo voluntario.
5. Los estímulos tienen que ser fundamentalmente de índole moral o material-social.

MECANISMOS PARA LA FORMACION DEL HOMBRE NUEVO INDIVIDUALMENTE

"La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario" (VIII/271), dice el Che. Creemos que esta frase sintetiza la idea que si bien es cierto que el hombre es producto del medio social en que vive, si bien es cierto que la desalienación es ante todo un esfuerzo colectivo, no menos cierto es que ella depende, en buena parte, del esfuerzo de cada uno en convertirse en un ser no alienado, esfuerzo que es diario, cotidiano. "Nos forjamos en la acción cotidiana" (VIII/272). Este esfuerzo diario tiene que ir acompañado por el de ser siempre el primero, por el de ser un ejemplo positivo para los demás en todo momento: "(. . .) no puede ser buen comunista —apunta— aquel que solamente piensa en la Revolución en el momento álgido del sacrificio, en el momento del combate, de la aventura heroica, de lo que se sale de lo vulgar y lo cotidiano y sin embargo en el trabajo es mediocre o menos que mediocre" (VI/255). No existe un tiempo para ser revolucionario y otro para la vida corriente, no existe una vida revolucionaria y otra "normal", no hay separación entre la actitud revolucionaria y la actitud diaria, cotidiana; todos y cada uno de los actos del hombre deben definirlo como revolucionario cuando lo es. El revolucionario se forja en cada momento de la vida y a través de su actitud cotidiana.

¿Cuáles son los mecanismos por medio de los cuales el hombre se forma como revolucionario en su camino hacia el hombre nuevo?

En primer lugar, y esto es algo que ya hemos tratado anteriormente en este trabajo, hace falta que exista el *medio* propicio para poder desarrollar al máximo las cualidades de cada uno, para que el esfuerzo personal pueda fructificar plenamente: "para ser revolucionario, lo primero que hay que tener es revolución. De nada sirve el esfuerzo aislado, el esfuerzo individual, la pureza de ideales, el afán de sacrificar toda una vida (. . .) al más noble de los ideales, si ese esfuerzo se hace solo, solitario (. . .)" (IV/177).

Pero ya dentro de ese medio, cada uno tiene no sólo la posibilidad sino también el *deber* de trabajar en el sentido de su propia desenajenación. Podríamos preguntarnos hasta qué punto el mismo medio social es el que va a impulsar al individuo a que él, como ser individual, trabaje en este sentido; porque el mismo impulso inicial, el darse cuenta del estado de postración en que uno mismo se encuentra, este acto primordial es ya un primer acto desalienante que no podría ser realizado por alguien totalmente alienado. El medio social es, pues, el motor, el impulso primo para que el individuo se sienta motivado a actuar en función de su desalienación; esto en lo que respecta del socialismo, porque, como ya hemos dicho, la desalienación como proceso puede empezar anteriormente, en la lucha por la toma del poder por la vía revolucionaria, pero acá los motivos para asumir esta actitud serán diferentes. La toma de conciencia de la necesidad del cambio y de la acción revolucionaria puede producirse por un convencimiento teórico que no existe otra alternativa para la liberación del hombre y de la sociedad, por las presiones acuciantes del medio social injusto e inhumano, etc., etc. Pero en el socialismo, en donde el medio es el que propicia la toma de una actitud positiva, una vez tomada esta conciencia "cada uno es el arquitecto de ese nuevo tipo humano" (IV/177), al que se tiende.

La nueva sociedad será entonces "liberadora de la capacidad individual del hombre", pero también "orientadora de esa capacidad" (IV/179).

Así, enmarcado dentro de una sociedad que libera y orienta, "el individualismo (. . .) como acción única, de una persona colocada sola en un medio social, debe desaparecer (. . .)" (IV/180).

El individuo vive entonces una "doble existencia, como ser único y como miembro de la comunidad. Este es sometido a dos procesos que ambos deben tener como objetivo la desalienación: la educación (directa e indirecta) y la autoeducación.

La educación del individuo en los valores de la nueva sociedad —continúa— puede ser percibida por él en forma no totalmente consciente. Puede darse o no darse cuenta que está siendo formado en una determinada dirección. Pero la *autoeducación* es un proceso *consciente* (subl. ns.); el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. La influencia que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya falta de educación le ha impedido hacerlo. Se autoeduca" (VIII/260).

En el primer período de construcción del socialismo "podemos ver al hombre nuevo que va naciendo". Su imagen empieza a perfilarse, no está aún completa, "no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de las formas económicas nuevas" (VIII/260). Esto no implica que existan individuos, podrían ser también sectores de la población, que se mantengan ajenos al proceso, que se resistan a cambiar, que su actitud sea de oposición a él. Podemos distinguir, en principio, tres niveles de formación de la conciencia en el socialismo: (a) aquellos que se resisten a cambiar su vieja estructura mental; (b) la de la masa, la conciencia del pueblo que se va forjando paulatinamente; y (c) la de la vanguardia, la de los comunistas, la de los miembros del partido. El partido trata de jalar con su ejemplo, pero donde esto no es suficiente deben de existir una serie de mecanismos que inciten a la formación; estos mecanismos son las instituciones revolucionarias. La institucionalización, según el Che, "es un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o tentan contra la sociedad en construcción" (VIII/262).

Aquellos que han alcanzado un grado de conciencia que les permita darse cuenta del proceso de formación que están sufriendo "debemos trabajar por nuestro perfeccionamiento interno como una obsesión casi, como una compulsión constante" (VI/88). Aquí juega un rol importante la crítica y la autocrítica peregnes y honestas. Así, poco a poco, el hombre "logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación" (VIII/263).

Concretamente, esa desenajenación se produce, dice el Che, "en la apropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su

propia condición humana a través de la cultura y el arte" (VIII/263).

¿Cómo llegar a este trabajo liberado en donde el individuo pueda apropiarse de su naturaleza? Para ello "el trabajo debe adquirir una condición nueva". Esta nueva condición del trabajo tiene como premisa la propiedad social de los medios de producción, donde "la mercancía-hombre cesa de existir" y así "el hombre empieza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo (. . .)". El trabajo sería entonces "una emanación de sí mismo (. . .) (y un) aporte a la vida común en que se refleja" (VIII/263).

Al trabajo entonces debe (a) dársele categoría de deber social; (b) unirse al desarrollo de la técnica; y (c) al trabajo voluntario "basándose en la apreciación marxista que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de venderse como mercancía" (VIII/263).

En el centro de la conciencia del hombre nuevo deben encontrarse principalmente los valores de índole moral y las cualidades que antes enumeramos en el parágrafo referente a las características de la conciencia revolucionaria. Esta conciencia va a penetrar todos los poros de las otras cualidades del hombre nuevo.

Esta transformación del hombre, este cambio "no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e incluso, de retroceso" (VIII/264).

A todo lo anterior debemos agregar una serie de fenómenos que frenan, retardan, se oponen a la labor de formación de la nueva conciencia.

FENOMENOS QUE RETARDAN LA FORMACION DE LA NUEVA CONCIENCIA

Algunos de estos fenómenos son producto del grado de desarrollo de la sociedad, otros de las condiciones propias de la construcción del socialismo en convivencia con el capitalismo, otros del peso del pasado, etc., etc.

La herencia con la que la nueva sociedad parte es positiva, en algunos casos, negativa, en otros. Un caso de herencia positiva lo da el mismo Che cuan-

La educación del individuo en los valores de la nueva sociedad —continúa— puede ser percibida por él en forma no totalmente consciente. Puede darse o no darse cuenta que está siendo formado en una determinada dirección. Pero la *autoeducación* es un proceso *consciente* (subl. ns.); el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. La influencia que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya falta de educación le ha impedido hacerlo. Se autoeduca" (VIII/260).

En el primer período de construcción del socialismo "podemos ver al hombre nuevo que va naciendo". Su imagen empieza a perfilarse, no está aún completa, "no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de las formas económicas nuevas" (VIII/260). Esto no implica que existan individuos, podrían ser también sectores de la población, que se mantengan ajenos al proceso, que se resistan a cambiar, que su actitud sea de oposición a él. Podemos distinguir, en principio, tres niveles de formación de la conciencia en el socialismo: (a) aquellos que se resisten a cambiar su vieja estructura mental; (b) la de la masa, la conciencia del pueblo que se va forjando paulatinamente; y (c) la de la vanguardia, la de los comunistas, la de los miembros del partido. El partido trata de jalar con su ejemplo, pero donde esto no es suficiente deben de existir una serie de mecanismos que inciten a la formación; estos mecanismos son las instituciones revolucionarias. La institucionalización, según el Che, "es un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o tentan contra la sociedad en construcción" (VIII/262).

Aquellos que han alcanzado un grado de conciencia que les permita darse cuenta del proceso de formación que están sufriendo "debemos trabajar por nuestro perfeccionamiento interno como una obsesión casi, como una compulsión constante" (VI/88). Aquí juega un rol importante la crítica y la autocrítica peregnes y honestas. Así, poco a poco, el hombre "logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación" (VIII/263).

Concretamente, esa desenajenación se produce, dice el Che, "en la apropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su

propia condición humana a través de la cultura y el arte" (VIII/263).

¿Cómo llegar a este trabajo liberado en donde el individuo pueda apropiarse de su naturaleza? Para ello "el trabajo debe adquirir una condición nueva". Esta nueva condición del trabajo tiene como premisa la propiedad social de los medios de producción, donde "la mercancía-hombre cesa de existir" y así "el hombre empieza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo (. . .)". El trabajo sería entonces "una emanación de sí mismo (. . .) (y un) aporte a la vida común en que se refleja" (VIII/263).

Al trabajo entonces debe (a) dársele categoría de deber social; (b) unirse al desarrollo de la técnica; y (c) al trabajo voluntario "basándose en la apreciación marxista que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de venderse como mercancía" (VIII/263).

En el centro de la conciencia del hombre nuevo deben encontrarse principalmente los valores de índole moral y las cualidades que antes enumeramos en el párrafo referente a las características de la conciencia revolucionaria. Esta conciencia va a penetrar todos los poros de las otras cualidades del hombre nuevo.

Esta transformación del hombre, este cambio "no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e incluso, de retroceso" (VIII/264).

A todo lo anterior debemos agregar una serie de fenómenos que frenan, retardan, se oponen a la labor de formación de la nueva conciencia.

FENOMENOS QUE RETARDAN LA FORMACION DE LA NUEVA CONCIENCIA

Algunos de estos fenómenos son producto del grado de desarrollo de la sociedad, otros de las condiciones propias de la construcción del socialismo en convivencia con el capitalismo, otros del peso del pasado, etc., etc.

La herencia con la que la nueva sociedad parte es positiva, en algunos casos, negativa, en otros. Un caso de herencia positiva lo da el mismo Che cuan-

“Che se ha convertido en un *modelo de hombre* (subl. ns.) (. . .). Che llevó a su más alta expresión el estoicismo revolucionario, el espíritu de sacrificio revolucionario, y Che llevó las ideas del marxismo-leninismo a su expresión más fresca, más pura, más revolucionaria. Ningún hombre como él en estos tiempos ha llevado a su nivel más alto el espíritu internacionalista proletario”². Che, médico de profesión, revolucionario por su acción “puede mostrarse a los intelectuales del Tercer Mundo como el arquetipo del *intelectual revolucionario*. Y a todos los comunistas del mundo, como un *comunista de cuerpo entero* (subl. ns.) (. . .). Nada humano ni revolucionario le fue ajeno. De ahí que siempre sintiera, como propia, la causa revolucionaria de todos los pueblos y estuviese dispuesto a pelear y morir bajo sus banderas”³.

Por ello, el Che y su ejemplo extraordinario cobran fuerza cada vez mayor en el mundo. “Sus ideas, su retrato, su nombre, son banderas de lucha contra las injusticias entre los oprimidos y los explotados, suscitan interés apasionado entre los estudiantes y los intelectuales de todo el mundo”⁴.

Y el ejemplo del Che no ha caído en terreno estéril. La América Latina no es un mundo cerrado en sí mismo, es hija de las más diversas fuentes culturales en donde el internacionalismo de nuevo tipo, el internacionalismo proletario, puede florecer ahí donde encuentra las condiciones propicias de orden ideológico y social. Los nacionalismos y los chovinismos estrechos no son, en nuestro continente latinoamericano, más que expresiones de la desnaturalización de nuestro ser colectivo.

Por otro lado, en América Latina hemos desarrollado siempre el lado *humanístico* de las corrientes y teorías que nos vinieron de allende el Océano. Esto puede ser explicado parcialmente si lo remitimos a nuestro nivel de desarrollo y a la extracción de clase de aquellos que han estado en la posibilidad y han tenido la disponibilidad para teorizar sobre aquellos asuntos que nos han competido en la vida de nuestro continente. De Bolívar a Martí y de Martí al Che, ésta ha sido una constante. Esta parte humanística es lo que desarrolla el Che en lo que al marxismo se refiere. En este sentido, la puerta está abierta y la ruta señalada para futuras investigaciones del marxismo en nuestro continente.

NOTAS

1. CASTRO, Fidel. Discurso pronunciado en la velada solemne en memoria del Comandante Ernesto Che Guevara, Plaza de la Revolución. 18 de octubre de 1967.
2. Idem.
3. ROA, Raúl. *Che*; Ernesto Che Guevara, escritos y discursos. Ed. cit. P. 22.
4. CASTRO, Fidel. *Una introducción necesaria al Diario del Che en Bolivia*, en Ernesto Che Guevara, escritos... p. 5.



